

menos piadosamente estas dos prendas de amor al lado de los restos venerandos de su padre.

Entonces, con sus manos convulsas, arrojó á la fosa la tierra amontonada á su alrededor. Acababa de sepultar en la misma tumba sus más caras esperanzas.

No fué sino con honda pena que él se apartó de aquel lugar doblemente consagrado por la piedad filial y por el amor. En fin, montando bruscamente á caballo con el corazón hecho pedazos por el dolor, se lanzó al galope en dirección de Oaxaca.

SEGUNDA PARTE

EL FAROL DEL PUENTE DE HORNOS

CAPÍTULO PRIMERO

EL CURA DE CARÁCUARO

Más de un año después de su primera explosión, es decir, á fines de 1811, no era la insurrección mexicana, sino como uno de esos incendios que estallan de repente en medio de las llanuras inmensas ó de los vastos bosques de América y cuyo foco aísla la mano del hombre. En vano las llamas brotaban por todas partes en busca de alimento que devorar: el vacío se hacía á su alrededor. Muy pronto el crujido de los grandes árboles ó el chisporroteo de la maleza se extingue; y todo se abisma bajo la nube de humo que se eleva del montón de cenizas negras.

Tal había sido la insurrección suscitada por el padre Hidalgo. Desde el pueblecillo de Dolores, se propagó con rapidez de uno á otro extremo del reino de Nueva España; pero bien pronto los jefes, el mismo Hidalgo á la cabeza, fueron presos y fusilados. Estrechada gradualmente por las tropas españolas y por los esfuerzos del

general don Felix Calleja, se halló concentrada en un solo punto, la plaza de Zitácuaro en donde mandaba el general mexicano don Ignacio Rayón. Allí se había establecido una Junta que organizaba un simulacro de Gobierno independiente de la metrópoli y lanzaba proclamas tan impotentes como los resplandores del incendio reprimido.

Pero si ese incendio es la obra de las pasiones del hombre; si es la consecuencia de una voluntad firme y absolutamente resuelta y no la de un caso fortuito, debe esperarse verle estallar de nuevo en otro punto de la selva ó de la sabana. Eso fué lo que no tardó en suceder. Otro campeón de la Independencia, más obscuro si es posible en sus primeros pasos que sus predecesores, iba á aparecer en la escena abierta por ellos, con un esplendor que debía eclipsar el de aquellos que no habían brillado sino un instante.

Este fué el cura de Carácuaro, á quien los historiadores dan hoy el nombre del insigne Morelos.

Los historiadores mexicanos no precisan la fecha del nacimiento de don José María Morelos y Pavón. No creo sin embargo equivocarme al afirmar, según los retratos suyos que he visto y aproximando las fechas, que tendría de treinta y ocho á cuarenta años cuando estalló la revolución en la aldea de Dolores. Así pues, habría nacido por los años de 1773 á 1775 en un lugar llamado Tahuejo, cerca del pueblo de Apatzingo, hoy en jurisdicción del Estado de Valladolid, ó mejor dicho, de *Morelia*, nombre derivado de el del más ilustre de sus hijos.

El único patrimonio del futuro héroe de la Independencia mexicana, consistía en unas mulas que le había dejado su padre. Muletero como él, largo tiempo se contentó con este humilde y penoso oficio, cuando le vino la idea de tomar las órdenes sagradas. ¿Cuál fué la causa de tal resolución? La historia no lo dice; el hecho es que Morelos, con la perseverancia que le caracterizaba, concluyó por poner en ejecución su proyecto.

Después de vender sus mulas, se consagró por entero,

en un colegio de Valladolid, á los estudios rigurosamente indispensables para llegar al punto de sus ambiciones, es decir, algún barniz de latín y de Teología. Cuando hubo adquirido ese grado de instrucción, se le confiaron las órdenes; pero Valladolid era muy vasto teatro para el nuevo sacerdote; y se retiró á la aldea de Uruapam donde vivió penosamente con la ayuda de algunas lecciones de latín que daba. Entretanto, el curato de la aldea de Carácuaro se encontró vacante.

Carácuaro era una aldea tan malsana como pobre; nadie quería residir en semejante lugar, y sin embargo Morelos no lo obtuvo sin dificultad.

En aquel destierro vivió pobre é ignorado hasta el instante en que lo hemos hecho entrever en la hacienda de Las Palmas.

Con el pretexto de hacer visita al obispo de Oaxaca, pero en realidad para fomentar la insurrección, Morelos había estado en la lejana provincia de ese nombre; y acababa de dejarla para ir á solicitar cerca de Hidalgo la plaza de capellán de su ejército, cuando lo hemos visto despedirse de don Mariano Silva.

El capitán Castaños nos dió á conocer el resultado de su petición en el capítulo que sirve de preámbulo á esta narración, cuyo teatro se halla trasladado de la provincia de Oaxaca á la de Acapulco, sobre las costas del Océano Pacífico. Quince meses separan pues, los acontecimientos que hemos relatado de los que siguen; pero las lagunas dejadas entre la primera y la segunda parte se verán llenas poco á poco.

En los primeros días de enero de 1812, quince meses después que el oficial de los dragones de la reina, el capitán Tres Villas dejó la hacienda de Las Palmas, dos hombres se hallaban en presencia uno de otro: el primero sentado ante una mesa coja cubierta de papeles y de cartas geográficas; el segundo respetuosamente de pie, con su sombrero militar en la mano.

Pasaba esta escena bajo la menos mala y más extensa de las tiendas de un campo atrincherado á las orillas del

río Sabana, á corta distancia de Acapulco, algunas horas antes de la puesta del sol.

El personaje sentado, de quien no haremos el retrato porque lo conocemos ya, tenía la cabeza cubierta con un pañuelo á cuadros de hilo de algodón, y una banda de batista blanca sobre los hombros : era el general don José María Morelos, á quien se verá, no sin sorpresa, mandando tropas de insurgentes y sitiando la ciudad de Acapulco que irónicamente le encargaran de tomar.

A pesar de los bruscos cambios que las guerras civiles producen en la posición de ciertos hombres, no será sino con gran asombro que, en el personaje que se hallaba de pie y muy elegantemente aprisionado dentro de su uniforme de subteniente de caballería, reconozcamos al tímido estudiante de Teología don Cornelio Lantejas.

Tenía una carta en la mano y parecía muy embarazado.

— ¡Y qué, amigo don Cornelio! ¿Piensa Ud. dejarnos? le dijo el general con una sonrisa de bondad que lo hizo enrojecer.

— La necesidad es la que me obliga, mi general. Sin eso... Lantejas no concluyó porque mentía y sentía vergüenza de su mentira. Luego continuó : Yo haría á un lado los intereses de familia; pero debo confesarlo á Vuestra Excelencia : no tengo vocación para el oficio de soldado; yo nací para ser cura; y ahora que el éxito corona vuestras armas; me doy prisa por continuar mis estudios y entrar en la carrera hacia la cual me empujan mis inclinaciones.

— ¡Vive Cristo! — exclamó Morelos — es Ud. un campeón demasiado valeroso de la Iglesia militante para que yo lo deje partir. Como aquel bravo servidor de un rey de Francia y cuyo nombre no recuerdo bien, Ud. es un hombre que desearía dejarse ahorcar, si yo tomara Acapulco sin Ud. Lo rehusó. Esto le contraría, bien lo veo — agregó el general para aminorar el disgusto del oficial. — Lo rehusó porque estoy muy satisfecho de sus

servicios. Ud. es el primer soldado que esté junto á mí. No sabe Ud. lo que se dice? que los tres soldados más valientes de nuestro pequeño ejército son don Hermenegildo Galeana, Manuel Costal y Ud. Y note Ud. que lo que lo hace más digno de mi afecto, es que Ud. escoge precisamente para abandonarme, el momento en que la fortuna parece colmarme de favores, bien al contrario de los que no abandonan sino á los amigos desgraciados. El capitán don Francisco González fué muerto en el ataque de Tonaltepec : Ud. le reemplazará. ¡Vamos, capitán!

El nuevo capitán se inclinó en silencio. Diremos luego qué fatalidad lanzó al estudiante bajo las banderas de la insurrección y cómo, á causa de las apariencias de que tantos otros son víctimas frecuentemente, pero que, respecto á él, las hallaba de una parcialidad desesperante, el pacífico Lantejas se veía transformado en un guerrero de importancia, cuyo brazo se disputaban la insurrección y el virrey. Iba á salir, cuando Morelos cambió de idea.

— Quédese Ud. capitán — le dijo — tengo todavía que hablarle. Me han dicho que Ud. tiene relaciones de familia en Tehuantepec; para realizar allá una misión, tengo necesidad de un hombre inteligente y de valor : he pensado en Ud. para enviarlo allí, tan pronto como haya tomado Acapulco, que espero no tardará en suceder.

En el instante en que el capitán iba á saber por boca del general cuál era el objeto de esa misión de confianza de que principiaba á hablarle, un tercer personaje, conocido nuestro, entró en la tienda; era el Indio Manuel Costal. Iba acompañado de un desconocido. Don Cornelio intentó otra vez retirarse.

— Ud. no está de más y lo puede oír todo — le dijo Morelos.

— ¡He aquí al general! — dijo Costal señalando el cura al Español, pues era uno.

Este miró por un instante, no sin sorpresa, al personaje tan sencillamente vestido; pero que no por ello dejaba de ser el general en quien la fama comenzaba á ocuparse.

Aunque el desconocido parecía dotado de una despreocupación casi vecina á la franqueza, esperó, después de haber saludado á Morelos, que éste le permitiese hablar.

— ¿Quién es Ud., amigo mío, y qué desea? dijo el general.

— ¿Puedo hablar con toda confianza? replicó el español. Ese hombre (y designó al indio) á quien encontré filosofando en la playa, me ha dicho que su palabra es un salvo-conducto de parlamentario ante Vuestra Señoría; y me he resuelto á seguirle.

— Costal ha sido el primer clarín que con esa trompa marina que Ud. le ve, ha transmitido las órdenes á los veinte dragones que formaban antes mi ejército. Hable Ud. : mi palabra confirma la suya.

— Con el consentimiento de Vuestra Señoría, yo me llamo Pepe Gago; soy gallego y además, comandante de una batería de la ciudadela de Acapulco que á Ud. le gustaría tomar, si no me equivoco.

— Es un placer que cuento con darme dentro de poco tiempo.

— Vuestra Señoría se confunde quizás; Ud. tomará la ciudad de Acapulco cuando quiera.

— Lo sé.

— Pero no la mantendrá Ud. en tanto que nosotros seamos dueños de la ciudadela.

— Lo sé.

— Entonces, estamos cerca de entendernos.

— Es que yo desdeño tomar la ciudad y quiero apoderarme de la fortaleza; ¿seguimos entendiéndonos?

— Más que nunca, porque precisamente es el fuerte lo que Ud. no desdeña y el que yo quiero darle; no me atrevo á decir á venderle porque, á decir verdad, mi precio será tan moderado que es un verdadero regalo. Y á propósito ¿está en fondos Vuestra Señoría?

— Ud. debe saber algo de eso; pero en caso contrario, quiero decirle con gusto que además de los setecientos fusiles, y cinco cañones — no hablo de los ochocientos

prisioneros que le hice — tomé al comandante español Paris la suma de diez mil pesos; es decir, con qué pagar diez veces el precio de una ciudadela que podría tener por nada.

— No cuente Ud. con eso; los víveres no nos faltarán jamás. La isla de la Roqueta...

— ¡La tomaré primero!

— Nos sirve de puerto para el desembarque de las provisiones que nos llevan los navíos que, en caso necesario, vendrán á descargar sus sacos de harina en el fuerte. Sin embargo, para concluir, Vuestra Señoría acaba de fijar ella misma el precio en mil pesos. ¿No ha dicho Ud. que tomó diez mil pesos, es decir, diez veces el precio de la ciudadela? Por desgracia, no puedo tener el honor de vendérsela más que una vez.

— ¿Mil pesos al contado? dijo el general frunciendo el entrecejo.

— No. ¿Qué prenda tendría Ud. entonces del cumplimiento de mi palabra? Trescientos pesos ahora; y lo demás al entregarla.

— Entendido; ¿y cuáles son sus medios?

— Yo estaré de guardia en la puerta mañana de tres á cinco de la mañana. Un farol sobre el puente de Hornos, en frente de la fortaleza, para avisarme, una palabra de orden y su presencia: será cosa de un momento. Sospecho que Vuestra Señoría no cederá á nadie la honra de apoderarse del fuerte.

— Yo estaré allí en persona — dijo Morelos; — en cuanto á la palabra de orden, hela aquí.

El general dió al gallego un papel en que escribió dos palabras que ni Costal ni Lantejas pudieron leer.

Después de una larga conversación sostenida en voz baja, Pepe Gago iba á retirarse, cuando Costal avanzó hacia él y poniéndole la mano sobre el hombro:

— ¡Oiga Ud., Pepe Gago! — le dijo con fuerza. — Soy yo el que responde aquí por Ud.; pero juró por el alma del cacique de Tehuantepec, de quien tengo el honor incontestable de descender, que si Ud. nos traiciona,

aunque se esconda Ud. como el tiburón en el fondo del mar y aunque se retire como el jaguar á la espesura de los bosques, Ud. escapará tanto como el jaguar ó el tiburón á las balas de mi carabina ó al filo de mi cuchillo. Téngalo Ud. por dicho.

El artillero protestó de nuevo su buena fe y se retiró. Cuando se hubo marchado:

— Yo quería — concluyó Morelos, dirigiéndose á don Cornelio — firmarle una licencia en la fortaleza de Acapulco; pero sólo por algunos días. Allá volveremos á tratar de la misión para la cual cuento con Ud. Vaya Ud. ahora á descansar; y la próxima noche á las cuatro de la mañana conduciré yo mismo un destacamento de nuestros hombres hacia el fuerte. Como es bueno que nadie sepa nuestro convenio con Gago, Ud. Costal colocará sobre el puente de Hornos el farol cuya luz es la señal convenida de la aproximación de nuestras tropas.

El castillo de Acapulco está situado sobre la orilla del mar á alguna distancia de la ciudad.

Precipicios profundos en cuya cima se oye rugir el Océano, se abren alrededor de la fortaleza. Uno de estos voladeros, el de la derecha de la ciudadela, se llama el *voladero de los Hornos*; un estrecho puente, el puente de Hornos, une los dos bordes del precipicio.

Desde por la mañana, cuando aún el campamento levantado de improviso por orden del general, se hallaba todavía en la confusión del despertar y un fuerte destacamento tomaba las armas sin que los soldados que lo componían supiesen adónde se les iba á conducir, el capitán Lantejas y Costal tomaron el camino del mar. Había que esperar por lo menos dos horas la salida del sol; y era más de lo que necesitaba para ejecutar el golpe de mano concertado la víspera.

La noche estaba sombría; el fuerte y la ciudad parecían sumergidos en el más profundo sueño á juzgar por el silencio que permitía oír á lo lejos, el sordo murmullo del mar sobre la playa.

Los dos hombres rodearon con precaución las enne-

grecidas murallas del fuerte; en seguida, después de un cuarto de hora de camino á su alrededor, comenzaron á subir las alturas alejándose de la playa. Costal marchaba adelante de don Cornelio; y al fin, con muchísimo trabajo y con grandísimo peligro de rodar desde los flancos del precipicio al mar, llegaron al puente de Hornos.

El Indio golpeó el eslabón y encendió una antorcha de resina que metió entre un farol; en seguida lo suspendió, con la luz hacia el fuerte, de un poste que había á medio puente: esta era, según se ha dicho, la señal convenida con el artillero gallego. Como su papel se limitaba á eso, esperaron que la luz del farol indicara á Morelos y á Gago que todo estaba listo.

Desde la altura en que se hallaban, el Capitán y el Indio dominaban un horizonte inmenso: el fuerte, la ciudad y el Océano. A excepción del mar, todo estaba en silencio; y á pesar suyo, Lantejas dejó de mirar hacia el fuerte y hacia la ciudad para contemplar la majestuosa extensión del mar. Manuel Costal hizo lo mismo. El mismo mar habría parecido también dormir, si de cuando en cuando un reguero centelleante no hubiese brillado sobre la negra sabana de las aguas.

— Hay tormenta en el aire — dijo el Indio en voz baja, pues la solemnidad de aquella escena parecía no permitir levantar la voz. — Vea cómo brillan con fulgores fosforescentes sobre la superficie los tiburones de la rada.

En efecto: una media docena de aquellos voraces animales cruzaban como piratas en busca de presa, describiendo círculos luminosos parecidos á los que trazan las luciérnagas entre las hierbas de la llanura.

— ¿Qué suerte cree Ud. que estaría reservada al hombre que cayera ahora entre esos nadadores silenciosos? — prosiguió el Zapoteca. ¡Cuántas veces, sin embargo, cuando yo era pescador de perlas, no he desafiado ese peligro, sumergiéndome en su presencia!

Don Cornelio no respondió nada; pero aquella idea le hizo estremecerse de horror.

El Indio continuó:

— Es que entonces yo era joven; y ni los tiburones ni los tigres podían nada contra el que debía vivir la edad de los cuervos; bien pronto habré vivido medio siglo, y sólo yo quizás podría ahora sumergirme entre esos animales carniceros sin correr el menor peligro.

— ¿Ese es el secreto de su intrepidez que no se desmiente nunca?

— Sí y no. Sin embargo, el peligro me atrae como su cuerpo sería atraído por esos tiburones: es un gusto que satisfago y no una baladronada; mejor aún; trato de vengar en la sangre española la muerte de mis antepasados. ¿Qué me importa á mí en efecto la emancipación política, objeto de sus afanes? Pero no es de eso de lo que yo quiero hablarle por más que eso se refiera... Ante todo, vea allá, debajo de Ud.

Un objeto extraño hirió de repente la vista de Lantejas, produciéndole un movimiento de terror supersticioso.

Costal sonrió al mirarlo.

Un cuerpo negro con la cabeza cubierta por una especie de cabellera, salía del agua á la mitad y parecía apoyar sobre la playa dos brazos humanos; Cornelio creyó por un instante ver á un bañista que saltaba á la ribera.

— ¿Qué ser es ese tan extraño? — preguntó á Costal con cierto malestar, oyendo como una queja dolorosa que exhalaba la boca de aquel objeto cuya naturaleza no podía definir, pues si la forma de su cuerpo recordaba la de la mujer, su voz no tenía nada de humana.

— Es un lamentín — respondió el Indio — es el animal anfibio que nosotros llamamos *pejemuller*, lo que le da á Ud. miedo. ¿No se atrevería Ud. entonces á mirar á un ser tan raro y tan perfecto sobre todo, más perfecto aún que la más bella criatura humana?

— ¿Qué quiere Ud. decir?

— Señor capitán don Cornelio, replicó el Indio, Ud. que es tan valiente ante el enemigo...

— ¡Hum! — interrumpió Lantejas con cierto embarazo — el más valiente tiene sus días, vea Ud.

La confesión de su cobardía (aun, en un caso dado, podía faltar el valor al antiguo estudiante de Teología) estuvo á punto de escaparse de los labios del capitán. Costal no le dió tiempo.

— Sí, sí, Ud. es como Clara, aunque más valiente aún que él; y él necesita tiempo para familiarizarse con los tigres. Pero oiga! Si allá lejos, en aquella hermosa playa viera Ud. de repente, en vez de un lamentín, á una bella criatura que tuerce cantando sus largos cabellos destilando agua; y que esta mujer, aunque perceptible á sus ojos no fuese sino un espíritu impalpable ¿qué haría Ud.?

— Una cosa muy sencilla: tendría un miedo horrible! — dijo cándidamente don Cornelio.

— Entonces, ya no tengo más que decirle. Yo busco para cierta empresa, un compañero más bravo que Clara: me contentaré con el negro. Yo esperaba que Ud... en fin, no hablemos más.

El Indio no agregó una palabra; bajo la influencia de un vago terror suscitado por las semi-confidencias de Costal, el oficial calló también; y ambos, esperando la toma de la ciudadela, continuaron mirando silenciosamente el inmenso y misterioso Océano, cuya vasta soledad turbaba solamente la presencia del lamentín.